



## El anillo del rey Ameg

EUGENIO DE ANDRÉS, socio director de tatum y miembro del Top Ten HRS, y JOSÉ MARÍA DÍEZ, gerente de tatum

El mundo ha cambiado, se siente en la tierra, se huele en el aire. El ruido y la prisa dominan la vida. Pero hace mucho tiempo las cosas eran diferentes. Hace mucho tiempo, cuando el hombre vivía en armonía con la naturaleza vivió el rey Ameg. Su padre murió pronto en la eterna batalla con los enemigos del reino y él, joven e impetuoso, asumió el peso de la corona mucho antes de lo esperado. En su primera decisión como rey la suerte sopló a su favor cuando, dolido y rabioso por la muerte de su padre, atacó por sorpresa al ejército del bárbaro Acar, consiguiendo derrotarlo y expulsarlo de su territorio.

En los festejos de celebración de la gran victoria, el nuevo rey recibió todo tipo de regalos pero uno de ellos llamó su atención por encima de los demás. Se trataba de un increíblemente bello anillo que había sido forjado por un viejo orfebre, experto en el antiguo arte del metal. El anillo, bajo un símbolo recubierto de piedras preciosas, que parecía un ocho, escondía un pequeño compartimento. Al preguntar Ameg al artesano por la finalidad de aquel diminuto espacio, obtuvo una respuesta que revolvió sus pensamientos: "Está en la mano del cualquier orfebre crear un anillo bonito y lujoso, pero solo está al alcance de un verdadero rey el saber llenar su interior con algo más valioso aún".

El joven Ameg recogió el guante, él quería ser un verdadero rey y estaba dispuesto a superar aquella prueba. Inmediatamente mandó reunir a todos los sabios del reino y les trasladó el reto. Muy inteligentemente pensó que lo único que podría ser más valioso para él que el propio anillo era la

sabiduría de su reino pero la dificultad estribaba en lograr condensarla en un papel que cupiera en aquel diminuto receptáculo, ¡apenas podrían ser dos o tres palabras! Los eruditos se pusieron manos a la obra, pero por mucho que lo intentaban, no eran capaces de sintetizar su conocimiento en menos de un importante tomo. Aquella tarea no tenía solución.

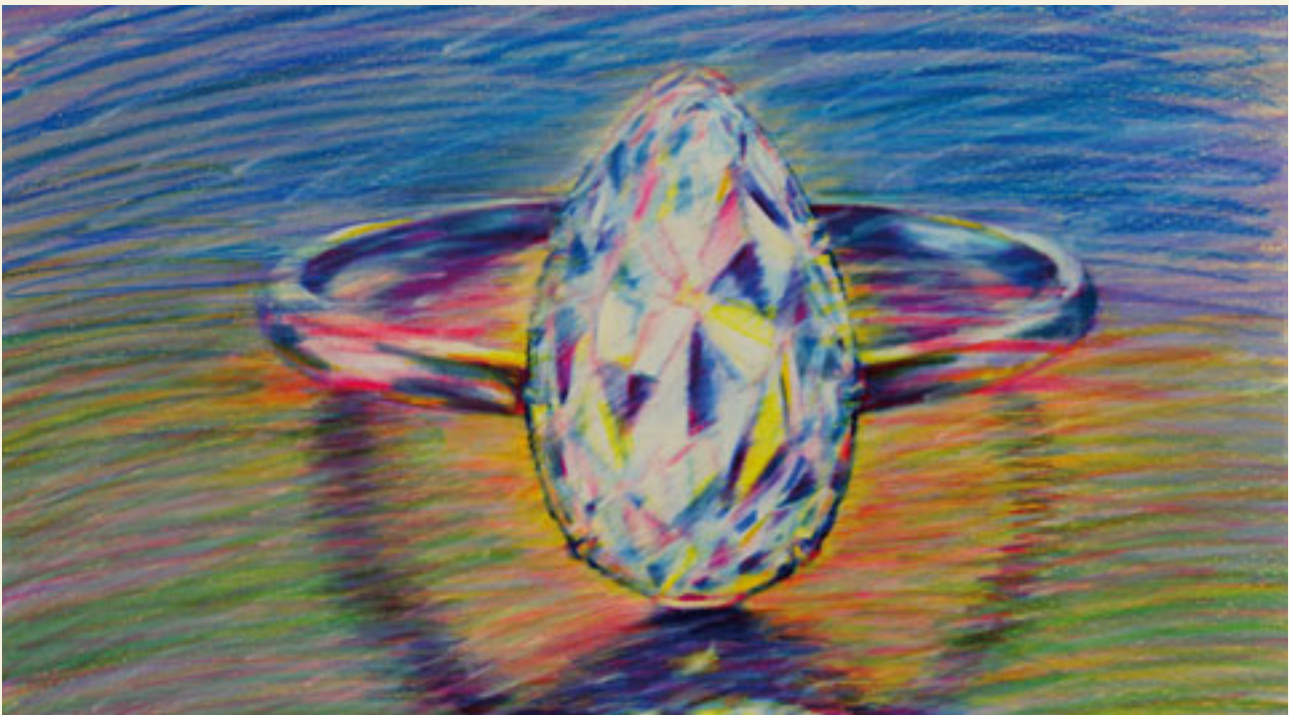
El rey no se dio por vencido y decidió recurrir al rey de los elfos, de quien se decía que gracias a su inmortalidad era el más sabio y honrado de los seres que habitaban la tierra. Con gran humildad, Ameg le planteó el enigma y el monarca élfico, siempre aliado del reino de los hombres, aceptó de buen agrado. Tras unos días de reflexión, el rey elfo visitó a Ameg llevándole un pequeño papel doblado y al entregárselo le dijo: "este papel destila toda la sabiduría de mi raza y te puede ser de valiosísima ayuda, tanto en los momentos de mayor desesperación como en los de mayor gloria. No lo leas ahora y recurre a él como a un venerado consejero, sólo cuando te encuentres en alguna de esas circunstancias". Ameg, profundamente agradecido, abrió el anillo y sin leer lo que ponía en el papel lo colocó con sumo cuidado en el interior. Poco a poco fue olvidándose de él.

El tiempo fue pasando y el reino fue creciendo. Las cosas iban bien, los campos daban buenas cosechas, la guerra era un vago recuerdo y los habitantes se sentían felices. Pero fue entonces, cuando nadie se lo esperaba, cuando el temible Acar y sus hordas de bárbaros invadieron el reino. Lo hicieron por las montañas del norte y cruzando el ancho río del sur. Lo hicie-

ron rápido. Lo hicieron salvajemente. Arrasaron cada ciudad, cada pueblo, cada granja. A su paso solo quedaba la más absoluta devastación.

Pronto alcanzaron el palacio real y Ameg no tuvo más remedio que huir. Pero una presa como aquella no era baladí y Acar, junto con su guardia bárbara, le persiguió sin descanso. El joven rey se encontraba solo, cabalgando extenuado durante días, a través de densos bosques y escarpadas montañas; hasta que, sin saber cómo, llegó al final de un camino que desembocaba en profundo acantilado. Totalmente desesperado el rey Ameg se acordó de su anillo y del valioso tesoro de su interior. Lo abrió y desdoblado cuidadosamente el pequeño papel, leyó las siguientes palabras: "Esto también pasará". Mientras leía, se imaginó que era el venerable rey elfo quien se las decía y, poco a poco, fue encontrándole sentido a la frase. Su desesperación se fue tornando en calma. Esta complicada situación iba a pasar. Con la cabeza fría, sin dejarse llevar por el miedo y analizando bien sus posibilidades, descabalgó y azuzó con energía a su caballo, quien corrió desbocado hasta caer por el acantilado al tiempo que Ameg se escondía tras un pequeño saliente. Sus perseguidores, desde la distancia no percibieron la treta y, al ver despeñarse a su montura, dieron por muerto a Ameg y volvieron al palacio a celebrar su aplastante victoria.

La confianza del rey Ameg se fortaleció por el éxito de su estrategia y por sentirse convertido en un "verdadero rey", ya que el contenido que consiguió poner en el interior del anillo había resultado para él mucho



más valioso que su lujoso recipiente. Con esta renovada energía, poco a poco, fue recomponiendo su ejército entre los supervivientes. Su mensaje era firme, su objetivo inspirador y en no mucho tiempo logró que todo aquel con fuerzas para luchar se uniera a su campaña. Nada hay tan poderoso como una tropa que cree en sus posibilidades y lucha por lo que siente suyo. Y las hordas del bárbaro Acar lo sintieron en sus propias carnes cuando fueron completamente aniquiladas por las huestes del rey Ameg.

Una gran fiesta se preparó en palacio para recibir a su gran héroe. Danzas, tragafuegos, y manjares recibieron a un rey Ameg que no cabía en sí mismo de satisfacción y de orgullo por las hazañas realizadas. Casi levitaba con los vítores, cuando entre la gente reconoció el rostro de su amigo el rey elfo, quien con una amable sonrisa le hizo un sencillo gesto tocándose su anillo. Ameg captó su ademán. Un poco obligado abrió el anillo y volvió a leer su contenido sin mucha fe: "Esto también pasará". Aquellas palabras resonaron en su cabeza. ¡Ese maravilloso momento también se iba a acabar! Fue entonces cuando comprendió su auténtico significado. Recordó el re-

to del viejo artesano que le regaló el anillo y el favor de su aliado elfo, a quien dedicó una profunda reverencia de agradecimiento. Desde ese mismo instante su actitud cambió, recuperó su humildad y una templanza digna de un verdadero rey le acompañó hasta el día de su muerte. Tras él quedó el reino más grande y próspero de la tierra conocida y su historia se convirtió en leyenda, su leyenda en mito y el mito de aquel anillo y su tesoro permanecerá siempre en nuestra memoria.

#### LA LECCIÓN DEL REY AMEG

Decía Rudyard Kipling en un magnífico poema que "si tropiezas con el triunfo, si llega tu derrota y a estos dos impostores les tratas de igual forma... Serás hombre, hijo mío". Con él nos hablaba de la importancia de la templanza, de mantener una voluntad y un comportamiento coherente independientemente de las circunstancias. Está es una de consecuencias y de las obligaciones más profundas y complicadas del compromiso.

**Mantener la voluntad y la templanza, independientemente de las circunstancias, siempre es la actitud más coherente**

El compromiso es una acción voluntaria que demanda de una verdadera voluntad de cada una de las partes para poder realizar lo que toca en cada momento. En las situaciones complicadas, como en la actual coyuntura económica, es fácil caer en el reproche a la otra parte. En pensar que es el otro quien debe de hacer cosas por nosotros o simplemente olvidar lo que se hizo cuando las vacas eran más gordas. Es en este tiempo cuando debemos mirar el mensaje de nuestro anillo y comprender que es momento de arrimar el hombro. Es la hora de sumar y de demostrar con convicción nuestro compromiso.

Y de igual forma que el rey Ameg, cuando todo es bonanza, como ha sido y como volverá a ser, no tenemos que olvidar nuestro compromiso. Tenemos que consultar de nuevo esas tres palabras que nos recuerden por qué estamos allí. Que no nos deje olvidar a quién nos debemos, que refresque nuestra gratitud, nuestra humildad y nuestra entrega por aquellos que han luchado con nosotros. ▲